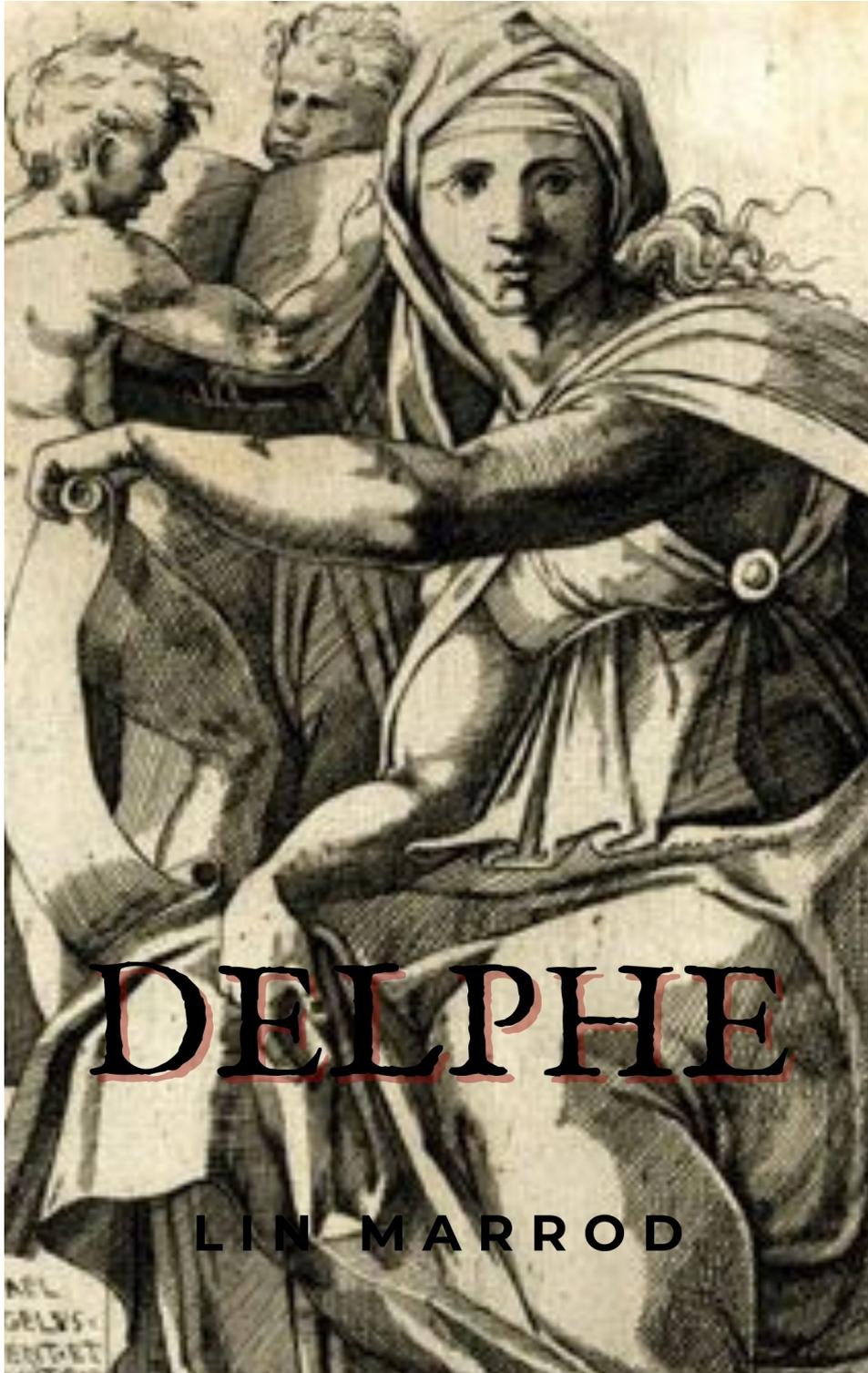


Delphe

Lin Marrod



Capítulo 1

Abandoné el vientre materno en el ombligo del mundo, la hermosa Delphos. Nacer mujer en una época gobernada por hombres fue perder mis alas desde el vientre de mi madre. No lo supe en ese momento, pasaron años antes de entenderlo. La niña feliz y mimada que era no podía verlo, mi única preocupación era verme hermosa, ser obediente y aplicada. Tenía la vida perfecta... o eso creí.

Una venda imperceptible fue cayendo de a poco y el mundo de colores en el que vivía se tornó gris ante mis ojos. Así fue el paso de niña perfecta a joven bendecida. Tenía quince años cuando desperté junto a la fuente rodeada de caras asombradas. La mano de mi madre me levantó del suelo de piedra y no se detuvo hasta llegar a casa, ni siquiera se molestó por el ánfora rota y supe que algo andaba mal.

Recordé las imágenes que invadieron mi mente mientras la sensación de caída me envolvía. Vi la piedra enorme junto a la gruta, la enredadera tejiendo una cortina que cubría la entrada, recordé el olor de las diminutas flores rojas y el sonido del agua cercana. Ella ni siquiera quiso escuchar mi historia. La vi preparar mis cosas en un alijo y pensé que un ánfora rota no era motivo para echarme a la calle. No pudo ser otro mi pensamiento porque cuando la vi hacerlo para mi hermana, ella nunca regresó.

Al atardecer de ese día una mujer de singular belleza tocó a nuestra puerta y ojalá no lo hubiera hecho. Era un mejor destino que me echaran a la calle por un ánfora rota. Ese día mi vida cambió. Ella se llevó mis sueños y sus confesiones pusieron mi mundo de cabeza. Era mi madre, la verdadera. Una ninfa inmortal y como si no bastara, mi padre era un semidiós marino.

Incredulidad fue mi primera reacción, impotencia la última. Ser hija de tan increíbles padres no fue una bendición, no en mi caso. El don que vino con mi nacimiento y que recién apareció en la plaza, me alejó de los míos y me privó de lo único permitido para mi género: matrimonio, esposo, hijos.

Soy Delphe. Soy la que ve lo que vendrá. Mi primera visión fue el lugar que se convertiría en mi hogar hasta el fin de mis días. Por demasiado tiempo mi vida ha sido la soledad de la gruta y la procesión interminable de creyentes en busca de una señal que iluminara sus vidas vacías. Esta es mi historia y con los años descubrí que mi supuesta bendición no me salvó de la maldición que también le tocó a cada mujer que requirió mis servicios

Como ellas, debí jugar mi papel y aceptar mi destino. No diré que acepté sin dudar. Olvidé la estricta educación y mi afán de enorgullecer a mis

padres. La joven que ya conocía el amor se sublevó ante la idea de la renuncia. Veía a mi madre y a quien creí que lo era ante mí y solo podía pensar que era un sueño del que despertaría. No estaba pasándome, me decía una y otra vez.

Usé todos los argumentos, desde el chantaje emocional hasta la actitud desafiante. Nada funcionó y terminé rogando. Mis suplicas no fueron escuchadas, era mi destino y nada podía hacerse. Aprendí que el tiempo todo lo curaba y no fui la excepción. Me dejaron en la gruta, la belleza del lugar no suavizó mi conducta. La perspectiva de la soledad y todo a lo que renunciaba despertó mis miedos y una ira que desconocía. Destrocé la hermosa enredadera, golpeé la pared de piedra hasta que me sangraron los nudillos.

Hice oídos sordos a los creyentes que comenzaron a llegar al apartado refugio. Durante días permanecí agazapada en una esquina. Fantaseé con la idea de que mi madre vendría a buscarme y me diría que su amor por mí era tan grande que desafiaría mi destino. Nada pasó. Después de la melancolía llegó la aceptación de lo que se esperaba de mí.

Me entregué al odiado don y en trance vi nacimientos, muertes, guerras, desastres naturales. La enredadera volvió a crecer y sus flores alegraron mis días. Las aguas del Peneo lavaron mi cuerpo y sentada sobre la piedra de entrada, mi imaginación volaba como las aves que cobijaban los verdes olivos de las cercanías.

Me convencí de que mi sacrificio tenía un sentido, era eso o entrar al río y entregar mi cuerpo a las tranquilas aguas. Por una razón que entendí más tarde esa idea la desechara en el momento de pensarla. Me juré que, si no tenía la fuerza para marcharme y desafiar al destino, tampoco podía tomar mi vida.

Con el tiempo llegó la sabiduría. Ver a los humanos cometer los mismos errores me decidió a ser consejera y profetiza. Volví a soñar. Nadie me escuchaba, no era lo que se esperaba de mí. Prefirieron saber lo que vendría y no lo que podían hacer para impedirlo. Sobre todo, si esos consejos venían de boca de una mujer. Sus burlas y desdén me hicieron recordar a todo lo que había renunciado y lloré pensando en el amor y los hijos que vi en el destino de otros.

Llegó el tiempo en que cada pergamino que desenrollaba traía una revelación mucho más trágica que la anterior, temí ver el fin de los tiempos ante tan perturbadoras revelaciones. Hubo días en que miraba el pergamino sin atreverme a abrirlo. Recuerdo que lo desenrollaba lentamente, descubriendo palabra a palabra para mitigar la impresión que su lectura me causaba. El disfraz con el que me cubrí para engañarme y hacer soportable el suplicio comenzó a caer sin que me diera cuenta. La ira volvió, el dolor me cegó y salí de la gruta decidida a no volver. Dejé de

temer a la furia de los dioses y al castigo al desafío.

Descubrí con pesar que de la joven alegre y enamorada que se desmayó junto a la fuente no quedaba nada. Lo di todo por años, olvidándome de los sueños que se rompieron con el ánfora. Caminé decidida por el sendero junto al río y como un rayo una visión me golpeó.

Lo vi venir hacia mí. La dulzura de su rostro borró mi ira. La luz de su mirada desterró mis miedos. Lloré al ver su destino, el cual creí más cruel que el mío. Yo estaba renunciando a mi tarea en mi favor, él iba a entregar hasta su sangre por los que yo estaba dándoles la espalda. Él me llenó de amor.

Sabiendo a la difícil tarea que se enfrentaba, me sentí orgullosa por primera vez de mi destino. Yo lo vi primero y la pureza de su amor tocó el alma que creí haber perdido. Regresé a la gruta con una sensación etérea que nunca antes había sentido y dediqué mis años a amarme y amar a aquellos pobres mortales, almas perdidas que buscaban mi ayuda.

Soy Delphe y descubrí la felicidad cuando lo creí todo perdido. Soy la que ve lo que vendrá y te digo: no te rindas. El cambio que esperas está en ti y sé que ya lo descubriste. No dejes de luchar, la recompensa está a la vuelta del recodo. Solo tienes que atreverte y salir de tu gruta.